



LA VELADA FUNEBRE
 EN HONOR DEL
Sr. Joaquin Noreña.

(Véase nuestro número del 17.)

DISCURSO
 EN ELOGIO FUNEBRE DEL SR. D. JOAQUIN NOREÑA
PRONUNCIADO
 EN SU VELADA FUNEBRE
EN EL
 TEATRO DEL CONSERVATORIO
EL 13 DEL FEBRERO
 POR EL SR. D. MANUEL E. VILLASEÑOR.

Señor Presidente:

Señores:

¡Silencio! . . . ¡El atleta ha muerto! Trás las fatigas de la vida cayó exánime en el polvo, sin lanzar ni un lamento, sin exhalar ni una queja. . . . Sí, ha muerto; pero murió iuvieto, con la frente pura, sin que una sola mancha viniera á opacar su augusta serenidad, sin que una sola sombra desmintiera la tranquilidad de su alma y la nobleza de su corazón. Emprendió la jornada de la que jamás se vuelve, sin darnos el adiós postrero. . . . Ya no estaremos más á su lado, ni escucharemos sus palabras; no estrecharemos ya sus manos, ni nos descubriremos reverentes á su paso. No, porque ya no existe! . . . Nos ha abandonado! Nuestro cariño lo reclama; ha dejado un lugar vacío en nuestro corazón.

¿Por qué se ha ido si aún lo rodeaban pechos sinceros que lo amaban y han derramado muchas lágrimas, lágrimas amargas, amarguísimas? ¿Por qué no nos comunicó sus cuitas, sus amarguras, sus decepciones?

¡Todo inútil! El ángel inexorable de la muerte lo envolvió en los negros pliegues de su manto. Se acercó á él y con voz terminante y lúgubre exclamó en su oído: "Ya es la hora." El rostro del atleta palideció, sus órbitas se hundieron, su boca se contrajo, sus miembros perdieron su virilidad, su cuerpo se desplomó al sentir el beso helado del mensajero de la eternidad. . . . Su alma inmortal voló á la mansión de la paz, de la justicia y de la

Bienaventuranza. Sus mortales despojos tibios todavía, recibieron nuestro último respeto, nuestro último homenaje, nuestro último recuerdo.

Con esa existencia desapareció un hombre íntegro y honrado; un maestro honorable, que gozaba de una reputación muy merecida; un excelente padre de familia y un apóstol, firme en sus convicciones. Con él perdieron la niñez y la juventud un eximio modelo, y la educación popular un intachable colaborador!

Hoy adornan su tumba, recién cerrada, coronas de miosotis y violetas, enlazadas por el cariño, el respeto y la gratitud, mantenidas frescas y olorosas por lágrimas arrancadas al corazón: desde las de los tiernos discípulos que arrodillados en derredor del lecho mortuorio, regaron con su llanto los despojos inanimados de su maestro, hasta las ocultas del hombre, que aprendió cuando niño, al lado del insignie muerto, á ser un miembro útil á la sociedad.

¿Quién no conoce á Joaquin Noreña, su virtud edificante, su honradez acrisolada y su exactitud proverbial? ¿A quién se le ocultan sus esfuerzos y sus afanes en bien de la educación, elemento importantísimo para el adelanto de un pueblo, base inamovible de prosperidad y bienestar nacional? ¿Quién desconoce los servicios y los adelantos que le debe la educación física en México? Desconocer estos y otros muchos de sus eminentes servicios, sería mala fé alimentada por los gusanos que roen el pedestal de pórfido y granito en que se elevan los hombres que consagran su vida al mejoramiento de una institución, de un pueblo, de una raza ó de la humanidad entera. Un buen maestro es un benefactor de la humanidad; él es pasajero pero su obra es perenne; debe ser respetado por todos los pueblos y por todos los siglos.

El maestro coloca á la humanidad en los dinteles de la ciencia. A él le toca iniciarla en los secretos de la naturaleza; él descubre ante los pueblos asombrados, la inmensa bóveda del Universo, regida por leyes matemáticas, inmutables, eternas! Arranca al ignorante de las garras de la abyección y de la miseria; engendra en él aspiraciones, pensamientos y deseos; le enseña sus derechos, y le inculca sus deberes, base y guía de su propia libertad; á él que en su conjunto representa la unidad de lengua, la identidad de raza y la comunidad de costumbres.

No abrigo la pretensión de hacer el pane-

górico digno del maestro que la muerte nos acaba de arrebatarnos.

El Sr. D. Joaquin Noreña fué un obrero infatigable de la patria desde el año de 1846, en que con verdadera vocación se consagró al magisterio. ¡Cuántos de sus discípulos de aquella época, son ahora hombres útiles y laboriosos!

Más tarde fué llamado á las escuelas de la Federación por el presidente D. Benito Juárez, que comprendió la importancia de los servicios del Señor Noreña. Del año de 71 acá á cuántas generaciones infantiles nutrió con el maná divino de la ciencia! Esos discípulos hoy jóvenes y viriles se levantan orgullosos para regar con flores, emblema de la inmortalidad, el sepulcro de nuestro inolvidable maestro, y para grabar en su monumento esta inscripción: "¡A tí, obrero de la idea! ¡A tí, que luchaste por el engrandecimiento de la patria, ilustrando á la posteridad!"

México le debe al Señor Noreña otro servicio muy importante.

En prueba de gratitud, las escuelas populares debieran cubrirse con crespones, palabras mudas del dolor y la amargura, porque acaban de perder al sacerdote que oficiara en sus altares, porque acaban de perder al hombre modesto, pero de noble corazón y honradez acrisolada; á él le deben que la educación física forme parte integrante de sus programas. Paso agigantado de la educación, en la senda firme y segura en que ya se encuentra en las naciones más cultas de la tierra.

Hasta la época en que se empezó á distinguir como gimnasta, no había habido en México sino acróbatas más ó menos afortunados. Hizo comprender la inmensa diferencia que existe entre el que trata de exhibir sus habilidades y el que procura el desarrollo del cuerpo, provocado de una manera adecuada, sistemática y científica, para poner á salvo la vitalidad de una raza y en mejores condiciones orgánicas para resistir los agentes morbosos y deletéreos.

El Sr. Noreña, dió á conocer en México la escuela de Amoros, fundador de la Gimnástica popular en Francia. Después de muchos esfuerzos y trabajos como gimnasta y debido á la infatigable lucha que sostuvo por el mejoramiento de la educación física y los resultados prácticos que obtuvo, hizo comprender á las autoridades la imprescindible necesidad y el ineludible deber que tenían de impartir una educación física, conforme á los

conocimientos de la época, que en el presente siglo ha encadenado la inteligencia, en su marcha triunfal, desde el ilustre Leverrier que por medio del cálculo, dotó de un mundo más al Universo, hasta el génio de Pasteur que en cada gota de agua hizo admirar un nuevo mundo.

El Señor Noreña hizo su propaganda gimnástica no sólo en su Gimnasio particular, en el que hizo curaciones ortopédicas notables; sino en todas las Escuelas públicas de alguna importancia: en Minería, Jurisprudencia, Agricultura y en la Escuela Nacional Preparatoria.

Entre los numerosos alumnos que formó fuertes y vigorosos supo escoger discípulos aventajados, que con estudio, empeño y constancia la lleven á la altura en que se encuentra en los Estados Unidos, Alemania y Suecia.

Al Sr. Noreña, exclusivamente á él le debemos contar hoy, con un grupo de jóvenes atléticos, que no se desdennan de tenerlos á su lado, los herculeos habitantes de la República vecina.

El Sr. Noreña supo completar su obra, fué de los hombres que sacudiendo un bienestar egoísta, buscan afanosamente al desgraciado tendiéndole la mano en su camino; proporcionándole el consuelo en sus dolores y endulzando la hiel de sus amarguras. ¡Cuántas lágrimas enjugó á esos seres que en los grandes centros de población se revuelcan en la inmunda cloaca del vicio y de la miseria!

Más de veinte años fué un miembro infatigable de "La Sociedad de San Vicente de Paul."

Fuó un buen padre de familia. En ese hogar tibio y perfumado; en ese nido de amor, de ternura y de cariño, el ángel de la felicidad batía sus blancas alas, derramando purísimos efluvios que reflejaban todos los colores, todos los matices y todas las claridades del corazón. Allí se olvidaba de las amarguras y de las decepciones, en ese cáliz tímido como la violeta, apacible como la acacia, blanco como la azucena! Allí fué donde recibió las primeras impresiones de artista, su hermano D. Miguel Noreña, eminente escultor, una de nuestras glorias nacionales, que reci-

bió justas ovaciones en la Exposición Universal de París.

Al hundirse en el horizonte el pasado 13 de Diciembre, el reloj de los destinos marcaba una hora para él feliz, para nosotros funebre. Aún resonaba en las bóvedas del templo el murmullo de las últimas oraciones, . . . aún el incensario desprendía un olor místico y perfumado, cuando una ferviente plegaria terminaba con una existencia!

¡El atleta había muerto . . .

Su alma, como la gota pura que se desprende del pantano voló á la bóveda azul del infinito!

Salve, insignie maestro que diste vida á tantas inteligencias irredentas, que formaste tantos corazones, que hoy lloran tu ausencia, que sacrificaste tu vida en bien del desvalido, del ignorante y del desgraciado!

¡Salve tú, digno modelo de la juventud!

Duerme satisfecho, cumpliste con tu deber!

¡Oh! mentira, no; no ha muerto . . . vive y vivirá en nuestra memoria, en nuestro corazón y en nuestras almas!

LA MUERTE.

Composicion declamada por el Sr. D. Roberto Esteva Ruiz en la Velada Fúnebre del Sr. D. Joaquín Noreña el 13 de Febrero de 1897.

¡La muerte! . . . ¿Qué es la muerte? . . . La muerte es la justicia
Que, con terribles fallos, inexorable enjuicia
Ante el altar de Dios!

¡Creacion siempre inmutable, lo mismo que en el cielo
Hace que oirse pueda sobre el humano suelo,
De la verdad la voz! . . .

¡La muerte! . . . ¿Qué es la muerte? . . . ¡La muerte es el olvido!
¡La muerte es el silencio que duerme bajo el ruido
Del mundo terrenal!

¡Que del "Progreso" á aquellos que mueren apartados,
Bajo un eterno olvido los tiene sepultados
Siempre, la humanidad! . . .

¡La muerte es el recuerdo de Dios en la memoria!
¡La muerte es el abismo que se abre entre la gloria
Y el hombre criminal!

¡Que á aquel que desconoce las leyes del Eterno,
Sus mismas culpas le abren el antro del infierno,
Por una eternidad! . . .

¡La muerte es el recuerdo, tambien, sobre la tierra! . . .
¡Tambien, eternamente, la muerte olvido encierra
Del cielo en el confin! . . .

Si del "Progreso" al mártir, el mundo le da vida,
Del hombre arrepentido las culpas Dios olvida:
¡La muerte hace vivir! . . .

El hombre que sucumbe, la ciencia difundiendo,
Y al ignorante, al débil conserva siempre ardiendo
La luz de la razon;

El hombre que en los cielos la mente va fijando,
Y que abandona el mundo cuando se encuentra orando,
De Dios en la mansion . . .

¡Feliz! ¡Porque aquel hombre, que es mártir de la ciencia,
Al mismo tiempo lleva guardada en la conciencia
La gracia celestial! . . .

¡Feliz! ¡Porque la vida del mundo y de la gloria,
Alcanza con la muerte! . . . ¡Feliz! . . . ¡Que su memoria
Dura la eternidad! . . .

ELEGIA.

Pronunciada por el Sr. D. Manuel Bermejo en la Velada que para honrar la memoria del Sr. D. Joaquín Noreña tuvo lugar la noche del 13 de Febrero de 1897.

No en pos de los laureles
Oso invocar la proteccion de Apolo:
Vivos en mi alma los recuerdos fieles,
Vengo (con ella de dolor henchida)
A verter una lágrima, tan sólo,
Sobre una tumba que nos es querida.
Sí, pulsaré la del dolor; la lira
Que á compás de los íntimos latidos,
Sonora canta y al cantar suspira.
Robaré los gemidos
Con que en la guzla de amador doliente

Vibra la cuerda del dolor humano,
Mientras solloza, tempestad rugiente,
El recuerdo latente
En la profunda noche del arcano.
Ah! con que huyó por siempre el noble anciano?
¿Acaso de su mente soñadora
La eterna aspiracion estaba léjos . . . ?
Cuando sonó fatídica la hora,
Doblando la cabeza pensadora,
Vió nublar de su vesper los reflejos
La inmensa noche donde no hay aurora.
Pero su alma quizás encontró el día
Mas allá de la tumba; premio sea
Del que la ciencia y la virtud por guía
Con la luz de la fé, la de la idea
En explosion de claridad vertía.
La noble juventud, la que levanta
El himno del Progreso,
Siente su sér en las angustias preso
Y se apaga la voz en su garganta.
En el aula enlutada,
Del pedagogo aún palpita el estro,
Mas su voz para siempre está callada;
Los que fieles rodeaban al maestro,
Vieron llegar á ese querub siniestro
Que anuncia con su sombra otra alborada.
Sobre la angusta frente
Donde anidó la sacrosanta idea,
La sublime virtud prendió febea
Un lampo de su luz resplandeciente
Y aquesa fué la luminosa tea
Que irradió en el cerebro del vidente.
Por eso al padre, en el hogar vacío,
Llora la estirpe con dolor insano;
Al profesor, la juventud ardiente;
Al bienechor infatigable y pío,
La humanidad; la patria al ciudadano.
Con sobrada razon gime y se enluta
El aula do vibraba su enseñanza;
Tantas flores el mundo le tributa
De gratitud, de amor y de esperanza,
Qué, rechazando el ominoso olvido,
La dulce idea á nuestra mente asoma
De que flote su espíritu, mecido
En oleadas de celeste aroma.
Ese nombre del mundo bendecido
En vano ¡oh Tiempo! tu segur sombría
Pretenderá arrancar de la memoria;
Sí porque brilla con fulgor de día
Lo envuelven las nimbadadas de la gloria.
Pero basta . . . No turbe la voz mía
Ese silencio de dolor, angusto,
Que como el viento de la noche fría,
Duerme en la tumba donde yace el justo.
Calle la humana voz donde hay misterio
Y hable el misterio del dolor profundo:
Es la última estacion el cementerio
Del fatigoso viaje por el mundo.
A la cripta llegad del noble anciano,
Pero llegad con lágrimas, y entónces,
Las duras puertas de ferrados broncees
Que la entrada nos cierran del arcano

Respetad. el abismo está cercano.
El lloro empiece donde el canto acabe
Nacer, crecer, morir; despues. ¡Dios sabe!

IN MEMORIAM.

Poesía leída por el Sr. D. Francisco Taboada.

¡Oh muerte, siempre triunfas! El blanco día
En la más negra noche, tranquila, truecas;
Matas la primavera, que es la poesía,
Marchita los follajes tu mano fría,
Y ruedan por el suelo las hojas secas.
Los ecos gemidores de la campana,
Que, al acabar la tarde, triste se queja;
Las sombras misteriosas que con la grana
Del crepúsculo pugnan; la nao liviana
Que del seguro puerto sola se aleja.
El amor que se acaba, la fé extinguida. . . .
Todo habla de la muerte, todo la nombra,
La flor que en albo pecho lució prendida,
Agota sus colores, pierde su vida,
Y al fin cae desmayada sobre la alfombra. . . .
Mas no temáis los buenos, que habeis vivido
Reflejando esperanzas á vuestro paso,
Para vosotros "muerte" no será "olvido,"
Os habeis alejado y os habeis ido
Porque todos los soles tienen su ocaso.
El olvido es la muerte. Podrá cansarse
La Cruz que abre sus brazos siempre hacia el cielo?
Tampoco aquí en el alma podrá borrarse
El recuerdo que vino triste á albergarse
Y halló en el pecho amante dulce consuelo.

Por eso, oh maestro, vienen los que te amaron
A decirte que aun te aman; que indiferentes
El tiempo y la distancia no los tornaron,
Que si queman las lágrimas que se lloraron,
Son las que no se lloran, las más ardientes.

A una meta en la vida nunca llegaste,
Porque para los grandes no existe meta;
Con sábias instrucciones edificaste,
Y edificios suntuosos tú levantaste:
"El que instruye, construye," dijo el poeta.

Oh figura del maestro noble y grandiosa!
Como apóstol, al frente siempre caminas.
Mostrando el horizonte color de rosa
De todos los ideales, al alma ansiosa. . . .
Sin tener más corona que la de espinas.

Egregio sacerdote de la enseñanza,
Distribuye á las almas el pan bendito
De la ciencia, que anima, que da confianza
Para escalar en alas de la esperanza,
El cielo del "Progreso" que es infinito!

Si te alejaste, maestro, tranquilo espera
Del dolor un recuerdo, de aquí lo enviamos,
Para que allá te diga que es duradera,
La estela luminosa de tu carrera
¡No moriste del todo, no te olvidamos!

No te olvidamos, maestro; no hay fuerza que haga
Desparecer tu imágen de nuestra vida.
Da un fanal á tu tumba claridad vaga. . . .
La gratitud, estrella que no se apaga!
La gratitud, afecto que no se olvida!

No creemos fuera el propósito recordar que los autores de estas piezas literarias, son todos jóvenes que dan los primeros pasos en el camino de las letras.

UN RELOJ SALVADOR.

RECUERDOS DE 1793.

MUCHOS relojes he visto en mi vida; pero ninguno como aquel.
Estaba dentro de una caja de nogal, en que habría cabido un gigante, y en el fondo se veía relucir el péndulo de cobre.

Los doce números árabes, no romanos, se destacaban con su color azul sobre esmalte blanco, y las agujas enormes parecían flechas de campanarios.

Por cierto que no parara en eso la semejanza, porque como las veletas, el horario y el minuterio andaban como les daba la gana, ya despacio ya con rapidez increíble. Vez hubo que anduvieron un cuarto de hora en cinco minutos.

Cuando sonaba la campana, era cosa para taparse los oídos y darse á mil demonios.

—Vamos, decía el tío Francheteau—ya se descompuso la campana. Con razon: no en balde recibió tantos balazos durante la gran guerra.

—¿Cómo? preguntaban todos—¿qué, es tan viejo el reloj? Cuéntenos usted eso, tío Francheteau.

El buen viejo, que por hablar por los oídos se moría, se hacía de rogar.

Sacaba del bolsillo una pipa, la llenaba de tabaco, la encendía y cuando todos estaban suspensos de sus labios, empezaba así:

Es preciso que sepáis que Francia (así le llamaba á su reloj) y yo, tenemos la misma edad. Mi padre se lo regaló á mi madre el día que me bautizaron; el autor de mis días era muy galante, y cada vez que le mandaban de regalo otro niño, aumentaba el menaje de la casa con un mueble ó un utensilio nuevo. Esto sucedió doce veces ni más ni menos.

Era en 1793; tenía yo once años y lo recuerdo como si hubiera sido ayer. No se hablaba más que de jacobinos y "sansculottes"; los primeros, sobre todo, me causaban terror. No había en Nantes pan ni carne, porque los nobles acaparaban con todos los víveres y en resumidas cuentas, el pueblo se moría de hambre.

Una mañana del mes de Diciembre, se anunció la llegada de los jacobinos. Salí á la puerta para verlos y los veo avanzar á la ca-

rrera, lanzando alaridos salvajes, con los pies desnudos y las cabelleras en desórden. Tuve tanto miedo, que volví á meterme en casa y cerré la puerta con llave y cerrojo.

Sin embargo, los oí pasar frente á casa gritando: "¡Al Loira!" y los ví desde una ventana, arrastrando barriles, cureñas y grandes trozos de madera.

Repentinamente una jóven de aspecto distinguido como el de una marquesa, toca á la puerta.

Mi padre la abre.

—Salvadme, señora—exclamó la jóven—están en la ciudad las tropas y asesinan á los vendeanos.

Era verdad, las calles estaban llenas de soldados de infantería y caballería, que arremetían contra todo el mundo.

—¡No quiero canalla en mi casa!—gritó en esto mi padre—no quiero que por usted me corten el pescuezo: fuera.

Mi madre intervino, suplicó, lloró y acabó por desarmar á mi padre.

¿Dónde iban á esconder á esa desgraciada? No teníamos más que una pieza baja y un granero desocupado. Mi padre buscaba un escondrijo, la Marquesa, porque rapito que lo parecía, le dijo entregándole un rollo de papeles:

—Más que la vida, me importa salvar esos documentos.

Parecía que se los había entregado La Rochejacquelein al cruzar el florido Loira.

Mi madre los tomó sin decir ni una sola palabra, y los escondió debajo del colchon de su cama. Ya era tiempo; en aquel momento se oyó el ruido producido por las culatas de unos fusiles en el dintel de la puerta anunciando alarma.

—Abrid, ciudadanos—gritaban unas voces. Eran los soldados que registraban las casas para ver si había en ellas bandidos, como ellos decían. Mi madre, viendo el peligro que corría la desconocida y que corríamos nosotros por ella, abrió la caja del reloj, metió dentro á la señora y volvió á cerrar diciéndole:

—No se mneva usted.

En el mismo instante, la puerta de la calle, cediendo á los esfuerzos de los soldados, se abrió con estrépito y se oyó una descarga de fusilería. No sé cómo nadie fué herido, tal vez porque los soldados tiraron muy alto, pues la caja del reloj recibió todo el golpe de las balas.

Mirad, todavía se ven los agujeros! Ya

podeis figuraros la emocion satisfactoria de la Marquesa. Desde ese momento se descompuso aquella campana.

Mi padre, á pesar de todo, no perdió su sangre fría. A la vista de los soldados que entraron en la casa, tomó su sombrero que estaba en la mesa, adornado con una escarapela tricolor y agitándolo exclamó:

—Viva la República!

—Ya es tarde, ciudadano—dijo un oficial. ¿Por qué no abrías á las voces? Tal vez tienes escondido algun bandido.

Mi padre se le quedó viendo sin pestañear y contestó:

—Infiero que tú me estás tomando por otro.

Esta audacia dió buen resultado. El oficial se manifestó ménos hostil, tranquilizó á mi madre que me tenía en los brazos en un rincón, y despues de hablar de cosas indiferentes con mi padre, le dijo:

—Vamos, ciudadano, ya que eres tan buen patriota, te pido el favor de que me indiques ahora mismo una casa segura donde el general pueda pasar la noche.

—En la mía, si quieres; mi esposa y yo le cederemos muy voluntariamente nuestro lecho. ¿No es verdad, hija mía?

Mi madre no opinaba lo mismo porque pensaba en la terrible situación de la desconocida, encerrada en la caja del reloj; pero no quiso contradecir á mi padre.

—Bueno—repuso el oficial—voy á avisar al general y dentro de un cuarto de hora estaremos aquí. ¿Podrá esta ciudadana prepararnos algo de comer?

—Por ahora no tenemos más que coles.

—Muy bien.—Voy á traer manteca y nos arreglaremos. En cuanto á vosotros—agregó—reuníos á la compañía; uno de vosotros basta para quedarse hoy aquí.

Ya lo creo que bastaba; y aun sobraba. ¿Cómo íbamos á hacer para sacar á la Marquesa de la caja? Si se presentaba en la casa podría traicionarla su aspecto distinguido y su vestido hecho girones; en cambiar vestido no había que pensar, porque mi madre no tenía más que lo encapillado; arrojarla á la calle era faltar á los santos deberes de la hospitalidad y mi pobre padre hubiera preferido á tal cosa la muerte!

Mi madre, al fin, suplicó al soldado que fuera á traer agua, y mientras éste estuvo au-

sente, se acereó muy apresurada al reloj y le dijo á la Marquesa:

—No se mueva usted, señora: ya habrá usted oído, viene á dormir á casa el General. Cuando haya cenado, le cederemos nuestro lecho y nos acostaremos en el suelo; entónces abriré con cuidado el reloj y podrá usted descansar junto á nosotros. Mañana veremos lo que ha de hacerse. En cuanto á alimentos los pondré en la misma caja para que los tome.

Mi madre le dió un banquito á la señora para que estuviese ménos molesta, y la puerta se volvió á cerrar.

Cinco minutos despues entró el General con sus ayudantes.

—Buenas noches, ciudadanos—dijo—si no conocéis á Westermann, os lo presento.

—¡Westermann, el terrible hijo de Maguncia! ¡el terror de los nobles! ¡qué honor para mí, General!

—Bueno, bueno, basta de cumplimientos: dame pronto de comer, porque me muero de hambre.

Y tomándome en los brazos, el General se disculpó con mi madre del trabajo que le daba. Despues dió unas vueltas por la pieza y deteniéndose frente á la ventana, dijo al ver un monton de cadáveres de vendeanos en la calle:

—¡Cielos! ¡Cuántos bandidos hemos matado hoy! Mis húsares han trabajado mucho. ¡Cuánto siento no haber llegado dos horas ántes; no se hubiera escapado uno solo. La Rochejaquelein puede alegrarse de haberse escapado... pero mañana quién sabe!

En seguida se sentó junto al fuego. Conserve de él memoria como si le viera: era un hombre robusto, de estatura regular, bien formado, de mirada dura, voz ronca y aire imperioso. Era un hermoso soldado. Miéntras duró la cena estuvo muy alegre y felicitó á mi madre por sus dotes culinarias.

De vez en cuando consultaba su reloj y veía hacia el de la casa, donde estaba escondida la señora.

—¿Qué, no anda ese reloj?—preguntó cuando ménos lo pensábamos.

—Desde esta mañana se paró, general—contestó mi padre.

—Pues ponlo con el mío, porque mañana á las seis, quiero levantarme y éste tiene campana.

Mi madre se puso muy pálida y mi padre se levantó para no dar á conocer su turbacion; mas reponiéndose, dijo, en tono de chanza:

—General, no se fie usted de mi reloj, voy á pedirle prestado otro á mi vecino que es relojero: además, yo me levanto todos los días á las cinco y lo despertaré á usted.

En esos momentos se oyó salir de la caja del reloj una tosecilla seca.

—Vaya—pensó mi padre—nos lucimos, y para ahogar la tos de la Marquesa, se puso también á toser, hizo lo mismo mi madre y yo seguí el ejemplo.

—¿Qué pasa?—preguntó Westermann—parece que todos están resfriados.

—No haga usted caso, General—respondió mi padre—cada vez que tomamos sopa de col nos vienen ganas de toser.

—Vamos, vamos, déjate de cuentos. Lo que sucede es que tienes ganas de beber.

Westermann tomó una botella y llenó los vasos.

—¡A vuestra salud, amigos!—dijo.

—A la vuestra, General.

¡A la vuestra, ciudadano!

La Marquesa volvió á toser y mi padre también.

—Creo—observó Westermann, mirando hacia el reloj—que hay algo dentro de eso...

¿Qué ocultas ciudadano?

—Os chanceáis, General?

—No me chanceo... Abre ese reloj!

Mi padre balbuceó algunas palabras, perdió la calma, dijo muchas sandeces y lo iba á echar á perder todo, cuando mi madre, con la

admirable presencia de ánimo de las mujeres le dijo:

—Abre, hombre, el General lo quiere.

—Bravo, ciudadana, bravo—repuso Westermann—bien dicho.

Mi padre se enojó y cerró los puños con rabia. En esos momentos tocaron á la puerta.

Entró un oficial.

—Mi General—dijo—el General Marceau dice que os necesita: se teme un nuevo ataque: ha sido sorprendida y pasada á cuchillo una avanzada.

—¡Rayos y truenos! Es cosa de no acabar nunca.

¡A ver mis botas y mis armas!

Todos corrimos á darle al General lo que pedía y él salió dejando en la puerta de la casa á su asistente, pues debía dormir en el lecho de mis padres.

Mi padre corrió al reloj: la Marquesa estaba casi muerta de frío y miedo.

—Suba usted pronto al granero, señora,—le dijo al oído mi padre—allá le servirán que comer.

Mi padre se quitó su abrigo de lana, y lo colocó en los hombros de la desconocida.

—¡Pobres amigos míos!—murmuró ella—¡qué peligros os hago correr! Si lo hubiera sabido.....

—No hablemos de eso, señora; pero procure usted no toser.

Apénas se había instalado en el granero, cuando el asistente del General Westermann entró sin llamar á la puerta. Iba con el capote y los guantes del General, y á avisarle á mi padre que su amo no dormía en la casa porque las tropas iban á salir de la ciudad para reunirse á Fleuriot.

—¡Bendita sea la Divina Providencia!—exclamó mi madre cayendo de rodillas.

—¡Qué susto nos has dado con tu Marquesa!—le respondió mi padre.

Bajó la pobre mujer del granero, se le dió de comer y se acostó en el lecho que estaba destinado al General.

El día siguiente al amanecer, se levantó, dió un abrazo á mi padre y á mi madre, y se fué, dejando sobre la chimenea una bolsa que contenía mil francos en oro.

Olvidó decirnos quién era, pero mi padre siempre creyó que tuvo escondida dentro de su reloj á la Marquesa de La Rochejaquelein.

LEON SECHE.

LA OLA Y EL ESCOLLO.

—Escollo, que noche y día en mi cristal te reflejas, sin ablandarte á mis quejas ni rendirte á mi porfía; yo domaré tu osadía, pues de ella juguete fui cuando al juntarnos aquí nos hizo contraria suerte, á tí simbolo de muerte, y emblema de vida á mí.

—Ola, te esfuerzas en vano; por más que loca presumas, son para mí tus espumas nubes de polvo liviano.

De Dios la potente mano firme cimiento me dió, y cuando aquí me clavó dijo al abismo rugiente:

—Podrás llegar á su frente, pero á sus entrañas, no.

Olas del mundano mar, que de cerca logré ver, mudas al retroceder, furiosas al avanzar;

¡para qué tanto luchar y tanta y tanta inquietud, si escollo es el ataúd donde la vida se estrella, y en que naufragan con ella poder, ingenio y virtud?

Manuel del Palacio.

EL ILMO. SR. DR. D.

Pedro Jose de Jesus Loza y Pardabe, OCTAVO OBISPO DE SONORA.

(CONTINUA.)

Hela aquí: Es fácil comprender la inmensa aficcion que se apoderaría del Sr. Loza cuando tuvo certeza de su eleccion para el episcopado. Se resolvió á evadir esa formidable carga, como se lee que algunos santos así lo hicieron. Vino, en efecto, á México; pero de incognito, ni se presentó al Ilmo. Sr. Arzobispo Garza, su padre y su maestro, sino que se encaminó á Puebla, solicitó entrar al servicio de aquella Catedral como capellan de coro, lo cual se le concedió, pues se ignoraba al ilustre personaje que pretendía semejante puesto. Hace 20 años me refería también otra persona de la angélica ciudad, que durante este tiempo vivió en la calle de la Alcantarilla. El Sr. Arzobispo Garza, sabía que el obispo electo había salido de Culiacan con direccion á la capital, esperaba su llegada de un momento á otro; despues de largo tiempo, empezó á hacer pesquisas para saber de él; entónces el Ilmo. Sr. Becerra le comunicó que estaba en su Catedral. Así se descubrió la estragemata empleada para eludir el episcopado. Fué traído á México bien custodiado; el Metropolitano no quiso verle, sino que mandó que pasara á su predilecto convento de San Fernando para prepararse á recibir la consagracion mediante los ejercicios espirituales. Concluidos estos, volvieron á verse maestro y discípulo en el Palacio Arzobispal; lo que pasó en esa larga y tierna entrevista: lo ignoro.

El diario EL ORDEN del 22 de Agosto de 1852 decía: "Consagracion.—Hoy celebra el Ilmo. Sr. Arzobispo en San Fernando la del Ilmo. Sr. D. Pedro Loza, Obispo de Sonora. Comenzará la funcion á las 9. Son los padrinos los Sres. D. Miguel y D. Ignacio Cortina Chavez."

Tengo en mi poder una esquila donde se lee: "Pedro Loza.—Participa á vd. que en la mañana del 22 del corriente fué consagrado Obispo de Sonora en la Iglesia del Convento de San Fernando y con tal motivo, tiene la honra de ponerse á la disposicion de vd. en su nueva dignidad.—México, Agosto 26 de 1852."

Ya queda indicado que el Sr. Garza nunca olvidaba á su antigua grey, y entre otras pruebas, recordaré lo que el dicho periódico EL ORDEN publicó en Agosto de 1852, á saber, que el Sr. Arzobispo había hecho donacion de los 61 mil pesos que la Hacienda pública le adeudaba, en favor del Seminario de Sonora. Tal vez para agenciar este pago, se detuvo el Ilmo. Sr. Loza en esta capital tres meses, durante los cuales parece estuvo sepultado en el Palacio Arzobispal, pues por más diligencias que he hecho, no he podido encontrarle en alguna funcion religiosa ó literaria. Bellísimo ejemplo, que patentiza al hombre entregado á la vida oculta de oracion y de recogimiento para prepararse así al apostolado.

El mismo periódico (núm. 160 año II) anunciaba, que el Sr. Loza el 5 de Diciembre de 1852, había tomado posesion de su Obispado en Culiacan.

Mas adelante, núm. 167, refería que el 18 de Enero de 1853 aquella ciudad había sido ocupada por el ex-gobernador Francisco Vega; que se cometieron mil tropelías á pesar de "los respetos interpuestos personalmente por el Ilmo. Sr. Obispo de Sonora en favor de la humanidad." Palabras que se leen en la comunicacion del gobernador que fungía, D. Pedro Valdés.

Antes de proseguir, permitáseme una ligera digresion que redunda todavía en honra del Sr. Garza.

Su desvelo por Sonora, no satisfecho con procurarle un buen obispo y cuanto á él le era posible dar, trató de honrar á uno de sus

más distinguidos eclesiásticos: solicitó y alcanzó de la Santa Sede que se elevara á la dignidad de obispo "in partibus" de Anastasiopolis con residencia en la Paz, capital de la Baja California, á aquel venerable sacerdote el Sr. Escalante, al mismo á quien dejó encargado el gobierno eclesiástico de la diócesis desde su separacion hasta la llegada de su sucesor. Despues se erigió un Vicariato Apostólico, y hoy está al cargo directo de la S. C. de "Proganda Fide."

El pontificado del Sr. Loza en Sonora al principio fué tranquilo, despues de persecucion.

En aquel período reedificó la casa episcopal con nueve mil pesos y algunas iglesias, puso la primera piedra de la capilla de San Antonio Tierra Blanca en un barrio de Culiacan y se dedicó á la enseñanza del Evangelio en su episcopal ciudad.

Un episodio tuvo lugar á fines de Agosto de 1856 con motivo de la distribucion de premios del Seminario, presidida por el Sr. Loza y á la que concurrió el Gobernador D. Pomposo Verdugo. Despues del discurso académico, dirigió S. S. I. una alocucion á los alumnos, "habiendo en esta tal elocuencia y tal acumulo de ideas sobre la ruda y cruelisima persecucion que sufría la Iglesia, que los millares de oyentes estaban como extasiados, pendientes sólo de sus menores palabras: "La mision que tengo, es decir la verdad. ¿Por qué he de callar? ¿Por qué no he de decir que son ladrones los que atentan actualmente contra los bienes de la Iglesia?" [Ilusts. del Pueblo. Conv. V.]

Dirigió á su clero y pueblo algunas pastorales. Conozco la del 27 de Octubre de 1856 primero acerca de la predicacion y la del 1º de Mayo de 1857 sobre la ilicitud del juramento de la Constitucion que se promulgó el 5 de Febrero del mismo año y una Circular prohibiendo absolver á los juramentados que no se retractasen de ese pecado.

Mandó imprimir estos nuevos documentos en la imprenta del Gobierno del Estado única que había. . . pagó cerca de cien pesos, precio exorbitante y además sufrió el costo de sacar los Ms. [Conversacion 1ª.]

Aquí comenzó el período de persecucion, primero por medio de la prensa y de los clubs que defendían leyes anticlericales y finalmente por el destierro.

Publicó nueva Circular á su clero, idéntica á la que el Sr. Garza dió en México, "disponiendo que no se cobrasen derechos parroquiales, recibiendo sólo la ofrenda que los fieles voluntariamente quisieran presentar á los Curas."

"Con motivo de un folleto. . ." Apuntamientos sobre derecho público-eclesiástico que concluía con este silogismo sofisticado. "La Iglesia mexicana, es la nacion mexicana. Luego los bienes de la Iglesia mexicana son bienes de la nacion mexicana." Lo enseñaron al Sr. Loza y en particular dicho silogismo "se rió con ganas y con mucha gracia dijo: "ahora oiga V. Señor lo que prueba el mismo argumento: "La nacion mexicana es la Iglesia mexicana. Luego los bienes de la nacion mexicana son bienes de la Iglesia mexicana" (Id. Conv. III.)

En Noviembre de 1858 el Sr. Loza salió desterrado al Estado de Sonora por el General Corella; la causa fué porque un Abelardo Palomares, militar, murió impenitente, se pretendía le rezasen las preces de la Iglesia y le enterrarán en el panteon católico. El Sr. Obispo se opuso, esto le mereció el destierro y partió de Culiacan en compañía de los Sres. Pbro. D. Ramon Cardenas y su familiar, el Sr. D. Eduardo Sánchez Camacho, [que más adelante fué el 2º obispo de Tamaulipas.]

(1) Esta ocasion la aprovecharon bien los sonorenses deseosos de la visita pastoral, que

desde 1848 no tenían, la cual practicó S. S. I. y logró copiosos frutos espirituales. Se dedicó á la administracion de los sacramentos, especialmente el de la Penitencia. Durante este destierro publicó otra pastoral fechada en Ures el 15 de Julio de 1859 con motivo de la apostasia del clérigo Acosta, la cual no quisieron se imprimiese allí y acudió hasta el Tucson (Estados Unidos) para que lo fuera.

En Diciembre de este año se le levantó el destierro, se detuvo en Mocorito unos días, y por fin en Enero de 1860 entró á Culiacan.

Poco permaneció aquí, pues el gobernador D. Plácido Vega, que residía en Mazatlan, luego trató de aprehender á S. S. I., este lo supo y emprendió el viaje en Febrero, á media noche, disfrazado, y por caminos extraviados en compañía de P. Campoy y un mozo con direccion á Alamos, donde permaneció S. S. I. todo el año; celebró la Cuaresma, consagró los santos oleos, confirió el subdiaconado al citado Ilmo. Sr. Sánchez Camacho y predicó con notables resultados. El gobernador de Sonora Pesqueira incitado por otros, se puso de acuerdo con Vega quien mandó llevar á S. S. I. á Culiacan bien escoltado, y que se le presentara en Mazatlan. Tierra fué esta 2ª salida del Sr. Obispo de su episcopal ciudad, el pueblo le acompañó algun tiempo y el Sr. Izabal hasta el puerto. (Conv. XI.)

D. Plácido usó de lujo de arbitrariedad, ordenó que los PP. quedaran presos é incomunicados, al Ilmo. Sr. le exigió por conducto del Lic. Rojo que aprobara la Constitucion, y entregara los bienes eclesiásticos; su justísima renuencia á semejantes despropósitos ocasionó nuevo destierro hácia San Francisco California. Vega pretendió tambien le diera el Sr. Obispo 20 mil pesos por su libertad, á cuya propuesta contestó su Ilma. que "jamás había tenido ni mil pesos." (Conv. XII.)

El 23 de Diciembre se embarcó para la vecina República del Norte. La persecucion contra el clero de este obispado se desató con gran fuerza. En Alamos, donde el Sr. Loza había hecho tantos bienes, publicó D. Gregorio Almada un libelo infamatorio contra tan respetable pastor.

(Continuará.)

POESIAS LIRICAS

DE

JOSE MARIA ROA BARCENA

Miembro correspondiente de la Real Academia Española.

(CONTINUA.)

II

HAMLET.

FRAGMENTOS DE LAS ESCENAS 1ª, 2ª, 4ª Y 5ª DEL ACTO I.

Version dedicada al Sr. Dr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

II

Sala en el Palacio Real.

HAMLET.—HORACIO.—MARCELO.—BERNARDO.

HAMLET.

¿Qué te trajo á Elsinor?

HORACIO.

De vuestro padre

Vine á los funerales.

HAMLET.

¿Te chanceas,

Condiseípulo mío? ¿No á las bodas De mi madre?

HORACIO.

En verdad, á poco fueron.

HAMLET.

Economía pura. Las viandas Del funeral banquete, apenas frías, Las mesas de la boda proveyeron. ¿Que en el cielo no hubiera yo encontrado

Al mayor enemigo nuestro, ántes Que ver tal día, Horacio! ¿Padre mío! Contemplándole estoy.

HORACIO.

Señor, y en dónde?

HAMLET.

En la imaginacion.

HORACIO.

Una vez sola,

Bien me acuerdo, le ví. ¿Rey excelente!

HAMLET.

Hombre fué tan cabal, que parecido No le hallaré jamás.

HORACIO.

Le he visto anoche,

Señor; tal creo.

HAMLET.

¿A quién?

HORACIO.

A vuestro padre.

HAMLET.

¿Al rey mi padre?

HORACIO.

Suspended un punto

Vuestro asombro y oíd, oíd el caso Maravilloso de que son testigos Estos señores.

HAMLET.

—¿Oigalo; más luego!

HORACIO.

Viéronle, sí, dos noches de seguida, A media noche y en su guardia. Recta Figura á vuestro padre parecida, Igual más bien, de punta en blanco armada, Se le hizo patente, y muy despacio Y con aire marcial pasó tres veces Tan cerca de ellos—á distancia apenas De su baston—que de terror transidos No pudieron hablarle. Me lo avisan Muy de secreto. A la siguiente noche Voy la guardia á montar en union suya, Y, confirmando su relato, viene La aparicion. He visto á vuestro padre: Le conocí: mis manos una á otra No se parecen más.

HAMLET.

¿Dónde ha sido esto?

HORACIO.

En la esplanada: allí donde se vela.

HAMLET.

¿Y le hablaste?

HORACIO.

Le hablé. No me responde:

Alza el rostro una vez y parecía Como si fuese á hablar; y el gallo canta A esta sazón como anunciando el día, Y la vision oyéndole se espanta, Y se retira al punto y desvanece.

HAMLET.

Extraño y misterioso me parece. . . .

HORACIO.

Pero tan cierto fué como que existo; Y que debéis saberlo hemos juzgado.

HAMLET.

Ello, en verdad, me inquieta. ¿Y esta noche Dais la guardia?

MARCELO.—BERNARDO.

Los dos.

HAMLET.

¿Decís que armado?

MARCELO.—BERNARDO.

Armado, sí.

HAMLET.

¿De punta en blanco?

MARCELO.—BERNARDO.

Justo.

De la planta al cabello.

HAMLET.

¿Y tú le viste,

Horacio, el rostro?

HORACIO.
Sí, Señor: alzada
Llevaba la visera.

HAMLET.
¿Su mirada
Te pareció ceñuda?

HORACIO.
Su semblante
Más que irritado parecióme triste.

HAMLET.
¿Pálido, ó encendido?

HORACIO.
En grado sumo
Pálido.

HAMLET.
¿Y ha fijado en tí la vista?

HORACIO.
Con tenaz insistencia.

HAMLET.
¿Hubiera estado
Presente yo!

HORACIO.
Que os aterráis presumo.

HAMLET.
Es muy probable. Y dime: prolongóse
Su estancia allí?

HORACIO.
Duró lo que tardemos
En contar hasta cien sin mucha prisa.

MARCELO.—BERNARDO.
Más.

HORACIO.
No cuando le ví.

HAMLET.
¿Cana la barba?

HORACIO.
Cual la tuvo, de un negro ya argentado.

HAMLET.
He de montar la guardia con vosotros,
Por si vuelve, esta noche.

HORACIO.
Ello es seguro.

HAMLET.
Y si en la forma de mi padre viene,
Le habré de hablar aunque el infierno mismo
Me mandara callar. Si habéis guardado
Oculto el caso, habedle todavía;
Y viereis lo que viereis esta noche,
Meditadlo y no habléis. Viva ha de seros
Mi gratitud. ¡Adios! En la esplanada
Entre once y doce nos veremos.

.....
(Salen, ménos Hamlet.)

.....Algo
Pasa grave. Sospecho drama inicuo.
¡Oh si llegado ya la noche hubiera!
Hasta entónces, aquíetate, alma mía.
Surgir deben los crímenes, aun cuando
La tierra toda los encubra al día.

III
Esplanada del castillo.

HAMLET.—HORACIO.—MARCELO.

HAMLET.
—El aire es frío y penetrante.

HORACIO.
Cierto.

HAMLET.
¿Qué hora es?

HORACIO.
No dan las doce todavía.

MARCELO.
Han dado ya.

HORACIO.
No las oí. Se acerca,
Pues, el momento en que el Espectro viene.
(Suenan trompetas y disparos)
Señor ¿qué significa ese ruido?

HAMLET.
Vela el rey esta noche, y á la orgía
Se abandona, y á cada sorbo suyo
De acre vino del Rhin, parches y trompas
Hacen coro á sus brándis.

.....
(Aparece el Espectro.)

HORACIO.
Ved, ya vino.

HAMLET.
Angeles y ministros de la gracia,
Amparadnos. Espíritu ya seas
Puro ó maligno, y celestial ambiente
O vapor infernal te asista en torno,
Y malvado ó piadoso intento abrigues,
En forma para mí tan cara surges
Hora, que hablarte quiero. He de llamarte
Rey Hámllet, Padre, Rey de Dinamarca.
Respóndeme, Señor, y no en la duda
Me dejes consumir. ¿Por qué tus huesos
En su ataúd rompieron el sudario;
Y sus marmóreas fauces el sepulcro
Donde quedaste en paz abre y te vuelve
Al mundo así? ¿Cómo es que tú, cadáver,
De nuevo revestida la armadura,
Al tibio rayo de la luna vengas,
A la noche acreciendo sus horrores,
Nuestra propia razon atormentando
Con tal prodigio que á entender no alcanza?
¿Qué significa? Dí. ¿Qué hacer debemos?
(El Espectro mueve la cabeza.)

HORACIO.
Que le sigáis indica, cual si á solas
Quisiera hablaros.

MARCELO.
A lugar distante
Quiere atraeros, sí; mas no vayáis.

HORACIO.
No; por nada en el mundo!

HAMLET.
Hablar no quiere;
He de seguirle pues.

HORACIO.
No tal hagáis.

HAMLET.
¿Qué habría que temer? En nada tengo
La vida, y á mi espíritu ¿qué daño,
Siendo inmortal como él, amenazara?
Me llama aún y he de seguirle.

HORACIO.
Pese
Vuestra razon el caso. ¿Si os atrae
Hacia el abismo ó la espantable roca
Sobre su pie crecida mar adentro,
Y otra forma reviste allí que os hunda
En súbita demencia? Por sí solo
El lugar enloquece al que en su cumbre
Viendo el mar de tan alto, abajo le oye.

HAMLET.
Me llama; insiste. ¡Marcha! Ya te sigo.

MARCELO.
No iréis, Señor.

HAMLET.
Soltadme.

HORACIO.
Dominaos.

HAMLET.
Mi destino me grita y da á mis nervios
Del leon de Nemea el vigoroso
Temple. Soltadme, ó, por el cielo, en humo
A quien me asío transforme.--¡Anda! ¡Te sigo!
(Salen el Espectro y Hamlet)

HORACIO.
A delirio fatal su ardor le arrastra.

MARCELO.
Obedecerle ahora no conviene:
Sigámosle.

HORACIO.
Trás él vamos. Cuál sea
El resultado, ignoro.

MARCELO.
Algo hay dañado
En Dinamarca.

HORACIO.
¡Remediarlo el cielo
Dígnese!

MARCELO.
Mas, de pronto, en marcha. ¡Ea!
(Salen.)
(Continuará.)

LEYENDAS Y Tradiciones queretanas POR ALTER.

L LA MANO DE UN SACRILEGO.

MAS de ochenta años existió afianzada de un garfio en la pared del templo de San Benito, frente á frente de la casa que es hoy del Gobernador Co-sío (cuyo templo desapareció como en otra leyenda queda dicho, debido á las llamadas leyes de Reforma el año de 1861,) una mano descarnada por la inclemencia del tiempo.

Los niños que á las oraciones de la noche solían pasar por allí, tomaban más que de prisa, ocultándose bajo las arcadas del portal de Carmelitas, por temor á la mano del sacrilego, que daba sobrado material á las madres, para infundir á sus hijos el respeto á los sacerdotes y el temor á Dios y al Rey.

Los turistas [que entónces no se contaban á granel como hoy] al pasar por aquel sitio, tomaban nota de aquel hecho, para llevar á lejanos países dos grandes lecciones: la rectitud y severidad de la justicia en tratándose del catolicismo, y le patente proteccion de la Virgen queretana, para con sus hijos y especialmente para con sus ministros.

Todavía el año de 1857 existía el garfio que sostuvo aquella mano por tantos años. Tal vez existan personas que confirmen mi aserto.

Esa mano perteneció al relojero que cuidaba del reloj de San Francisco [hoy catedral] y el cual por un altercado que sobre el mismo reloj tuvo con el Provincial del convento Fr. Andrés Picazo, se presentó en su celda á las diez de la mañana del sábado 11 de Febrero de 1769 con objeto de asesinarle, segun él mismo declaró el día 13 en la cárcel, al Notario Receptor D. Domingo Suárez y como consta á fojas 37 vuelta de los autos.

Repitió la visita á las tres de la tarde, encontrándolo rezando el Oficio Divino. El Provincial lo recibió cortesmente y le suplicó tomase asiento mientras terminaba de rezar, y prosiguió rezando ante una pintura de la Purísima, llamada vulgarmente Nuestra Señora del Pueblito.

De esta manera y con la espalda vuelta á su asesino Manuel de la Carrera, faltábale poco para terminar, cuando aquel se le acercó y le disparó un tiro de pistola, el cual sólo ardió el casquillo. Esto hizo voltear al padre y vió cómo su agresor ponía sobre la mesa aquella pistola sacando otra é intentando tirarle. A vista de esto se fué hácia él el religioso, diciéndole: "Hermano, ¿por qué es esto? ¡Por la Virgen Santísima!! A lo cual contestó aquel con otro tiro en el pecho, el cual no le hizo el más leve daño, no obstante estar cargado con cinco balas.

Esto encendió de cólera al agresor; y conociendo el religioso que sus súplicas eran vanas, se puso de rodillas ante su asesino á esperar la muerte, invocando en su ayuda á la imagen del Pueblito que tenía en frente; visto lo cual por el relojero, comenzó á darle golpes con la pistola sobre la cabeza á dos manos, hasta que se quebró, y arrojándola lejos de sí, sacó otra pistola y la disparó en el rostro dejándolo ciego con la pólvora, desviándose las cinco balas con que estaba cargada, hiriéndole levemente dos en la frente y otra que quedó dentro, la cual quedó entre el cutis

y el cráneo, de donde se extrajo á los once días.

Mas como el Provincial permanecía hincado, enarboló el brazo con la pistola y continuó dándole golpes con igual furor hasta que se le hizo pedazos, y por lo mismo sacó la cuarta pistola disparándola á quemarropa sobre el pecho, entrándole sólo una bala de las cinco, en direccion del corazon, resultando á los veinte días en el hombro izquierdo, de donde se extrajo.

Esto no obstante, aquel hombre poseído del Demonio siguió golpeando con aquella cuarta pistola al indefenso religioso, hasta que arrojó lejos de sí aquella pistola por igual motivo que las anteriores, y sacando un puñal le dió varias heridas, unas veces de punta y otras de filo, hasta que se despuntó esta arma lastimándose una mano con ella y la arrojó ya cansado, quedando así indefenso, á tiempo que ocurrieron [después de largo rato] otros religiosos á la celda en la que fué aprehendido, paseándose á los pies de la milagrosa imagen.

El Provincial no obstante de esto, estaba en su entero conocimiento; pero la Comunidad dispuso que se confesase y se le ministrase el Sagrado Viático, ántes de registrarse y curarse las heridas.

En vista de las raras circunstancias del suceso, les RR. PP. Guardian y Discretos del Convento de esta ciudad acordaron ocurrir, como de hecho lo hicieron, el día 6 de Marzo del mismo año al Dr. D. José Antonio de la Vía, Abogado de la Real Audiencia de México, para que consultase al Ilmo. Sr. Arzobispo D. Francisco Lorenzana, á fin de que por su orden se practicasen las diligencias necesarias para la averiguacion y justificacion del suceso, para mayor gloria de Dios y devocion de aquella Soberana Imagen.

Se procedió á la informacion minuciosa, tomando declaracion al criminal Carrera, así como á los testigos presenciales, médico y cirujanos, examinando el dictámen presentado por el R. P. Fr. Pablo de la Purísima Beaumont, no ménos que el del Br. D. José Mariano Balderas Colmenero y D. José Fernández, cuya exposicion confirmaron los cirujanos D. Atanasio Acosta y D. Miguel Díaz, asistentes del herido.

El R. P. Vilaplana, confesor del criminal, opinó que sólo la patente intervencion de la Santísima Virgen del Pueblito pudo haber salvado de la muerte al P. Picazo.

Esto no obstante, el juez eclesiástico proveyó auto en virtud del cual se procedió á tomar declaracion al P. Provincial, quien ante el notario juró decir verdad, y bajo el supuesto que no trataba de ofender con ello en lo absoluto al criminal, estando ya sentenciado; cuya declaracion salió en todo conforme con los hechos referidos al principio de este relato.

En vista de todo esto el Ilmo. Sr. Arzobispo ordenó por su auto de 22 de Junio pasasen á su Promotor Fiscal quien dictaminó hallarse todo en estado conforme á lo decidido por el Santo Concilio de Trento, Bulas Pontificiales y Decretos de la S. Congregacion, y en ese caso, el Ilmo. Sr. se sirviese mandar que para la calificacion del milagro, pasasen los Autos á cuatro sujetos, dos Teólogos y dos Juristas, á fin de que expusiesen bajo juramento su dictámen.

Fueron nombrados como Teólogos, D. Juan Ignacio de la Rocha y D. Gregorio Omaña y los Licenciados D. Dionisio Rocha y D. Rafael Valladares; y además los RR. PP. Lareta, Rodríguez, Camps, los tres Dominicos, y su voto unánime fué que sólo por un verdadero milagro pudo escapar de la muerte el P. Provincial Picazo.

El Ilmo. Sr., atendiendo á todos los dictámenes citados y á las circunstancias todas del caso, agregándose la oportuna invocacion del R. Provincial á la Santísima Virgen del Pueblito, declaró constar concluyentemente de los Autos, que el haber conservado la vida le referido P. Picazo en el sacrilego atentado, sólo pudo ser por obra de Dios é intercesion

de Nuestra Señora del Pueblito y por consiguiente calificó el suceso por verdadero milagro, dando su permiso para que como tal se publicase, como consta por su decreto de 20 de Agosto de 1769.

Este acontecimiento nos enseña tres cosas: primero, que esta milagrosa imagen, patrona de esta ciudad, siempre ha protegido muy señaladamente á quienes la invocan en sus necesidades: segundo, que las autoridades de aquellos felices tiempos, castigaban ejemplarmente (sin andar con miramientos,) las faltas cometidas contra los ministros del altar; y por último, que la Iglesia procede sabiamente en todo, y no á la ligera, como últimamente nos quiso hacer creer un escritor desgraciadamente queretano. (1)

Réstame sólo decir que de la Carrera fué sentenciado á la última pena y cortando el verdugo la sacrilega mano, fué colocada en el lugar citado hasta que el tiempo la demolió.

(1) El Sr. Profesor del Colegio del Estado, D. José Isla, en el folleto "Defensa" que contra la imputacion de falsario, publicó gratuitamente; y cuyo folleto fué impreso en México.

SONETO.

Es el vivir cadena de aficciones
Cuyo eslabon primero está en la cuna;
Y quiera Dios que en el sepulcro se una
El último de tantos eslabones.

La adolescencia es gérmen de pasiones;
La orgullosa razon, noche sin luna;
Mentira son la gloria y la fortuna,
La juventud es tumba de ilusiones.

La humanidad entera, llanto vierte;
Prófuga la verdad, está escondida;
Presa es el mundo de la ciega suerte....

Mas nos dice una voz desconocida
Que si la vida es cuna de la muerte
Es la muerte la cuna de la vida.

Juan Valle.

CONSONANCIAS.

¡No intentes convencerme de torpeza
Con los delirios de tu mente loca!
Mi corazon es al par luz y firmeza,
Firmeza y luz como el cristal de roca.

Semejante al nocturno peregrino,
Mi esperanza inmortal no mira al suelo:
No viendo más que sombra en el camino
Sólo contemplo el esplendor del cielo!

¡Vanas son las imágenes que entraña
Tu espíritu infantil, santuario oscuro!
Tu númen como el oro en la mañana
Es virginal y por lo mismo es puro!

A través de ese vórtice que crispa
Y ávido de brillar, vuelo ó me arrastro;
Oruga enamorada de una chispa
O águila seducida por un astro!

Inútil es que con tenaz murmullo,
Exageres el lance en que me enredo:
Yo soy altivo, y el que alienta orgullo;
Lleva un broquel impenetrable al miedo!

Fiado en el destino que me empuja
Desprecio los peligros que señalas,
El ave canta aunque la rama cruja:
Como que sabe lo que son sus alas!

LA PAGINA BLANCA.

Mis ojos miraban en hora de ensueños
la página blanca.
Y vino el desfile de ensueños y sombras.
Y fueron mujeres de rostros de estatua,
mujeres de rostros de estatuas de mármol,
tan tristes, tan dulces, tan suaves, tan pálidas!
Y fueron visiones de extraños poemas,
de extraños poemas de besos y lágrimas
de historias que dejan en crueles instantes,
las testas viriles cubiertas de canas!

¡Qué cascos de nieve que pone la suerte!
¡Qué arrugas precoces cincela en la cara!
Y cómo se quiere que vayan ligeros
los tardos camellos de la caravana!

Los tardos camellos,—
como las figuras en un panorama,—
cual si fuese un desierto de hielo,
atraviesan la página blanca.

Este lleva
una carga

de dolores y angustias antiguas,
antiguas de pueblos, dolores de razas;
dolores y angustias que sufren los Cristos
que vienen al mundo de víctimas trágicas!

Otra lleva
una caja

en que va dolorosa difunta,
como un muerto lirio la pobre esperanza.

Y camina sobre un dromedario
la Pálida,
la vestida de ropas oscuras,
la Reina invencible, doncella inviolada:
La Muerte.

Y el hombre,
á quien duras visiones asaltan,
el que encuentra en los astros del cielo
prodigios que abruman y signos que espantan,
mira el dromedario
de la caravana,
como el mensajero que la luz conduce,
en el vago desierto que forma
la página blanca

Ruben Dario.

LA RATONERA.

I

El sobremesa, mientras tomaban el café
y fumaban sus cigarros tres magistrados,
íntimos amigos, contaban lances
curiosos de su carrera.

Mr. Parisse hizo el relato de este hecho,
en que intervino él mismo, siendo en Paris
juez de instruccion.

—Una mañana—dijo—trabajaba en mi
despacho, cuando ví entrar á un hombre
presa de una gran turbacion. Era uno de nuestros
más ricos joyeros, muy famoso en Paris.

—Hace unos días—me dijo—una señora
muy bien puesta entró en mi tienda dejándose
á la puerta un elegante carruaje. Tenía la señora
todo el aire de una gran dama, lo cual se
revelaba en ella en el vestido, en los adornos,
en los ademanos, en los perfumes delicados y
suaves.

Hizo que le enseñara varias alhajas. Escogió
algunas, y con aire distraído, indiferente,
verdaderamente señorial, me dió los cuatro mil
francos de su importe.

Cuando ya se marchaba, detúvose ante
una vitrina y preguntó mirando un hermosísimo
collar de brillantes.

—¿Cuánto vale esa alhaja?

—Sesenta mil francos, señora.

—¡Oh! Es un poco cara—murmuró sonriéndose
y mirando el collar que yo había
puesto en sus manos.

—Fíjese usted—le dije—en la hermosura
de esas piedras, en su igualdad, en su oriente.
Son magníficas.

—Sí, sí—replicó—de todas suertes no traigo
aquí bastante dinero para pagarlas. Pero
me gustan mucho. Esta misma tarde pasaré
por aquí con mi marido y las recogeré.

—No es necesario, señora. Un dependiente
irá con usted para llevar la alhaja, y usted
no tendrá que molestarse.

—Bien—dijo ella.

Un momento después la desconocida y mi
dependiente marchaban en su carruaje.

Y en efecto, señor juez. Mi dependiente
no ha vuelto al establecimiento. De ninguna
manera puedo pensar que sea el deliciente. Es
honradísimo y está asociado á los negocios de
mi casa. No tengo duda de que el infeliz, del
todo inocente, ha caído en alguna asechanza
miserable.

II

Inmediatamente—continuó el magistrado—dicté las disposiciones oportunas para el descubrimiento del hecho.

He aquí el resultado de las investigaciones.

Ocho días ántes de la visita de la dama á la casa del joyero, esta misma señora había ido á casa de un célebre doctor, reputado alienista. Muy triste, muy desconsolada, la visitante expuso al médico que desde hacía más de un mes su esposo presentaba síntomas de locura. Ha adquirido una extraña y absorbente afición por las alhajas. En su manía se considera dueño de joyas valiosísimas que le arrebataban con pretexto de comprarlas. Hay momentos en que, lleno de furor, creyéndose robado, llega á los más grandes extremos de violencia.

El médico propuso á la desconocida cliente que le llevase á su marido para observale y retenerle en su casa de salud.

—¡Ah!—exclamó ella—esto es lo triste. El por nada del mundo conciente en separarse de mí.

—No tenga usted cuidado, señora. Venga usted con él y permanezca en espera en uno de estos gabinetes. Con un pretexto cualquiera, y diciendo que en seguida vuelve, sale de la habitación y se marcha. Lo demás es de mi cuenta.

Convenido así, la dama á los pocos días envió al médico este aviso: “Esta tarde le llevaré á mi esposo.”

En efecto; la señora, y “su esposo” se presentaron con puntualidad. Un criado, ya advertido, los introdujo en un salon desierto. La dama debió encontrar un fácil pretexto, porque despues de hacer tomar asiento á su marido y de hablarle algo en voz baja, pasó al cuarto inmediato, donde la esperaba el doctor.

—¡Ay, amigo mio!—le dijo á éste—no me resigno á separarme de mi pobre enfermo.

—No hay más remedio. Váyase tranquila, señora. Yo respondo de todo.

La desconsolada mujer apretó la mano del doctor y se marchó llorando.

El alienista entónces comenzó su observación. Por una rendija de la puerta veía al loco, que completamente tranquilo, repasaba un periódico. Al cuarto de hora se levantó el enfermo. A los veinte minutos manifestó alguna impaciencia. A la media hora empezó á pasear con aire muy violento y agitado. Un rato despues, excitado, nervioso y limpiándose el sudor que corría por su frente, se dirigió decidido hacia la puerta, tras de cuyas hojas el médico espíaba.

El alienista le salió al encuentro y el loco, sin poderse contener, exclamó con viveza:

—¡Y esas alhajas?

—¡Qué alhajas!

—Las que le habrá entregado á usted su señora.

—Está rematadamente loco—pensó el médico.—No sólo tiene la manía de las alhajas, sino que cree que su mujer es mi señora. Y en voz alta repuso:

—Amigo mio, ni esa dama es mi esposa, ni hay aquí alhajas de nadie.

—¡Cómo que no! ¡Ladron!

El pobre médico tuvo que pedir socorro. Cuando llegaron los criados vieron á su amo en el suelo, y al loco que le oprimía el cuello convulsivamente.

En un instante el enfermo fué cogido, levantado en el aire y sometido á la ducha más enérgica que haya sufrido loco alguno.

Luego sujeto con la camisa de fuerza y encerrado; y así permaneció ocho días, completamente furioso, gritando cada vez que se le aparecía el médico, que el médico mismo era un estafador y su mujer una ladrona.

—¡Y se descubrió todo?

—Casi todo. El pobre dependiente fué restituido al establecimiento, cuando ya estaba próximo á volverse loco de verdad. Lo que no pudo descubrirse nunca fué el nombre ni el paradero de la ingeniosa estafadora, que segun

las señas, era, además de una bribona, muy bien educada y muy guapa.

INTIMA.

En las noches tediosas y sombrías buscan su nido en mi cerebro enfermo, plegando el ala ensangrentada y rota mis antiguos recuerdos.

No vienen como alegrés golondrinas de la rústica iglesia á los aleros, trayendo de la rubia primavera las blandas brisas y los tibios besos; vienen como los éarabos nocturnos á acurrucarse huraños y siniestros de la ruina en las musgosas piedras ó de la vieja torre entre los huecos.

¡Que vengan en buena hora; que no tarden! ¿Por qué no se apresuran?... Los espero! ¡Hace ya tantos años que dormito!... Hace ya tanto tiempo!...

El negro muro de la hendida tapia, aunque roto y abierto, aún se mantiene en pie: y en las ojivas del campanario viejo si no hay esquilas que á la misa llamen al despuntar el matinal lucero, ó anuncien la oracion al campesino y la hora del regreso á las muchachas del azul cisterna, al pastor y al vaquero; si ya no hay campanitas que repiquen al llegar del patrono los festejos, hay oquedades hondas y sombrías que abrigarán en sus obscuros senos á las lechuzas pardas y siniestras, á los pájaros negros....

Manuel José Othon.

DOS BESOS.

I

Para luchar en desigual pelea
Contra el fiero rigor de la fortuna,
En una noche de esplendente luna
Dejé el hogar de mi tranquila aldea.

Junto á la ermita que al final blanquea
Me despedió sin esperanza alguna
La mujer que adoré más que á ninguna,
Bella como la luz cuando alborea.

El toque de oracion, lento y pausado,
Los ecos de los valles repitieron
Cuando iba á separarme de su lado.

La ví llorar, mis brazos la ciñeron
Y en un beso de amor inmaculado
Nuestras almas gemelas se fundieron.

II

Pasó el tiempo; triunfé, me sonreía
Un porvenir brillante y halagüeno,
Y siendo ya de la fortuna dueño
Volví á mi aldea al declinar un día.

Llegué á la ermita, el esquilon tañía
Tocando á gloria con tenaz empeño,
Y en aquel santuario tan pequeño
El canto funeral se difundía.

Allí en blanco ataúd lleno de flores
Ví al ángel de mi amor con una palma,
Y al sentir el mayor de los dolores,
Otra vez la besé con loco exceso;

Pero llegó hasta el fondo de mi alma
El frío de la muerte en aquel beso.

Santiago Iglesias.

FATUIDAD POSTUMA.

Cuando yo muera, al borde de mi lecho
Quiero ver una hermosa reclinada,
Que escuche con sonrisas en los labios
La confesion postrera de mis faltas.

Anhelo oír, en vez de hondos gemidos,
Tristes ayes y fúnebres plegarias,
De Byron las estrofas inmortales,
De Mignon la nostálgica romanza.

Haced que junto al féretro se agrupen
Las vírgenes más bellas de mi patria
Y que cubran, al son de alegres cantos,
Mi luctuoso ataúd de rosas blancas.

Formando luego perfumada hoguera
Arrojad mi cadáver á las llamas,

Y no me abandoneis hasta el instante
En que mi cuerpo, bajo formas vagas,
Ascienda rauda en la celeste altura,
Donde fijé en un tiempo mi esperanza.

Mas si quereis guardar mis pobres restos,
Grabad sobre mi tumba estas palabras:
“Amó sólo en el mundo la Belleza!
¡Que encuentre ahora la verdad su alma!”

Julian del Casal.

TRISTEZA.

Agarróse á mi brazo con presteza,
y al fijarme en su rostro demacrado
que ocultaba, inclinando la cabeza,
—¿Quién eres, dí?—le pregunté asombrado,
y al punto respondió:—Soy la Tristeza.

Sé que la infame á quien tu pecho adora,
traicionando tu fé robó tu calma;
y yo que siempre voy con el que llora,
seré, mal que te pese, de de ahora,
la compañera eterna de tu alma.

Despues, soltóme el brazo dulcemente,
fijó sus ojos en mi faz sombría,
y siguió su camino lentamente....
yo, al mirarla marchar, sentí en mi mente
nublarse el sol de la esperanza mía.

¡Ay! Desde entónces, anhelante ansío
algo que dé á mi espíritu entereza
y calmar logre el sufrimiento mio;
mas, ¿cómo lo he de hallar, si la Tristeza
hiela mi sangre con su soplo frío?

Ramon Diaz.

ULTIMO RUEGO.

¿Sueñas riquezas? ¿Para qué? comprende
Que no es venal sobre la tierra todo:
Lo que no vale nada, eso se vende,
Todo cuanto se vende, todo es lodo.

La dicha de los cielos mensajera
Que en éxtasis de Dios la vida torna,
Esa dicha.... la sola verdadera,
No se compra, ni vende, ni soborna.

Olvida los alcázares mejores,
Pues que se encuentran de contento faltos,
Que huyen de los palacios los amores,
Como las fuentes de los montes altos.

El albergue de amor es la espesura,
Allá donde la tórtola se queja,
Y el manso viento al resbalar murmura,
Y alza rumor el agua que se aleja.

Una choza escondida entre las ramas
Sirve mejor que los dorados techos,
Para avivar las celestiales llamas
De contento y amor dentro los pethos.

Ningun tesoro el sobresalto calma
De un anhelo de amor grande y profundo,
Que no se compra el bienestar del alma
Con el oro que encierra todo el mundo.

No ajes la flor de la ternura casta,
Que es la más perfumada de este suelo,
¡Ay del mortal que en el vivir malgasta
El tesoro de amor que le dió el cielo!

José López Portillo y Rojas.

¡SI FUESE CIERTO!

Yo dormía, mas uno de esos sueños
en que el sueño, y la vida juntos van,
de tal manera que al soñar decía:
“¿Será esto un sueño, no será verdad?”

Sentí entónces el roce de su traje,
pero no supe cuándo se acereó;
tampoco supe cuándo entre mis labios
los suyos puso en beso embriagador.

Desperté y ví la luz y era luz tanta
que pude lo insondable distinguir.
¡Cuán hermosa la ví tambien á ella!
—Libre estás, dijo; vámonos de aquí.

—¿Hasta dónde?—le dije suspirando.
—Nos vanos á tu patria, que es allá.
—Y tú quién eres, pues?

—¡Yo soy la Muerte!

.....
¡Oh, si mi sueño fuese realidad!

J. David Guarín.